

MIGUEL ANXO BASTOS BOUBETA_ Universidad de Santiago de Compostela _[147-150]

Villoria, M. 2006. *La Corrupción Política*.
Madrid: Editorial Síntesis.



Giovanni Sartori expresó en una entrevista hace algunos años la funcionalidad de la corrupción en las democracias modernas, afirmando literalmente que «prefiero un buen político un poco corrupto a un político imbécil y puro. También porque, después de todo constituye un buen aliciente si puedes tener un poco de plata, quizás atraigas a personas mejores: hay que tener un poco de cinismo en política». La idea de Sartori no es muy común verla reflejada por escrito, pero sí cínicamente aceptada en los procesos de gobernación de nuestro entorno. Quizás por ello hiciese falta un libro como el del profesor Villoria para tratar de refutar estos asertos.

El profesor Villoria no solo elabora un completo, sistemático y bien razonado catálogo de las disfunciones sociales que produce la corrupción en todas sus variantes sino que elabora un magnífico ensayo sobre la corrupción política y administrativa.

En primer lugar este ensayo merece ser destacado porque, a diferencia de la mayoría de los ensayos sobre corrupción administrativa, integra sus análisis en el marco de la teoría política contemporánea, que demuestra conocer más que satisfactoriamente. El autor deslinda su visión de la corrupción política, proveniente de una visión deliberativa y participativa de la democracia, anclada en la teoría crítica y para la cual la corrupción es un mal que se debe evitar siempre, pues margina el bien común de la actuación político-administrativa, de la visión pluralista dominante en muchos estudios de ciencia de la administración en la cual ciertas formas de corrupción pueden ser vistas como funcionales. Además de enumerar y razonar las consecuencias negativas que la estabilidad social y para la buena gobernanza tiene la corrupción, para mí lo mejor del libro es que el autor hace un sistemático análisis, salpicado de ejemplos concretos de corrupción que facilitan mucho la comprensión de los conceptos, de la corrupción en el ámbito judicial y político, y describe con detalle las prácticas corruptas que se pueden dar en la financiación de partidos. Tan completa es su exposición que un lector malévolo con vocación aviesa puede encontrar descritas formas de corrupción que nunca se le habrían pasado por la cabeza y leer el libro como un completo manual del buen corruptor. Merece ser destacado también su honrado análisis del fenómeno del clientelismo político, en el que al tiempo que lo critica como corruptor, nunca mejor dicho, del interés general, no deja de reconocer ciertos aspectos funcionales en su práctica, como el que se refiere a una mejor rendición de cuentas en modos clientelistas de actuación frente a fórmulas más asépticas de elaborar políticas. Es honrado porque, a pesar de ofrecer una visión global negativa del fenómeno, considera al clientelismo como lo que es: una forma de elaborar políticas que caracteriza a muchas sociedades del mundo y que como toda forma política tiene virtudes e inconvenientes e incluso puede ser funcional para sociedades con un elevado grado de desconfianza social.

Sin embargo, quisiera resaltar algunos aspectos del libro que merecen ser discutidos con más profundidad. En primer lugar, echo en falta una teoría general del origen de la corrupción. El sociólogo conservador Edward Banfield, en un texto sobre la corrupción como una característica de la organización gubernamental citado en el libro, señala, entre otros factores, al crecimiento del tamaño y el alcance de la actividad gubernamental como una de las causas de la corrupción y yo creo que tiene razón. Buena parte de la corrupción en el ámbito público se debe a la tendencia a una mayor intervención y regulación de la vida social por parte de los gobiernos. Dos ejemplos podrían ser pertinentes al efecto. El primero podría referirse a las mafias de la inmigración, culpadas de corrupciones y servicios sin cuento en el discurso gubernamental oficial. Cualquier viajero que haya ido a Ceuta en un cómodo ferry por veinte o treinta euros sabe que quien paga quinientos o mil a una mafia por un peligroso viaje

en una patera no lo hace por gusto sino porque hay agentes estatales que no le dejan subir al ferry. Es la intervención estatal, si es justificada o no es otro debate, la que genera con su intervención el mercado negro y las oportunidades de corrupción, pues si alguien quiere venir a España y no le dejan legalmente, es muy probable que use vías indirectas para conseguirlo. Lo mismo puede predicarse de la corrupción urbanística. Si como en la ciudad de Houston todo el mundo pudiera construir con libertad en su propiedad nadie en su sano juicio querría pagar una pequeña fortuna a un funcionario o concejal para que le dejase construir. Cuanta más intervención se da, mayor es el incentivo para corromper a otro y dejarse corromper, como bien se ilustró en un magnífico libro del economista peruano Hernando de Soto llamado *El otro sendero*. Repito, no valoro aquí la pertinencia de la norma, solo quiero apuntar que la raíz del problema está en el exceso de intervención y no en una especie de impulso innato a la corrupción presente en determinados seres humanos. Vista desde esta perspectiva, la corrupción puede ser incluso una forma de defensa del individuo frente a la arbitrariedad de la Administración, algo que apunta Rothbard en su libro *La ética de la libertad*. Es el caso típico del manual de ética del bachillerato: ¿Qué es preferible un nazi corrupto o un nazi honrado a lo Eichmann si fuésemos judíos? ¿Cuál de los dos es más inmoral? Para analizar desde un punto de vista moral la corrupción es necesario analizar también la justicia, la ética y la necesidad de la intervención del estado, que no siempre piensa en el interés general, y esto es algo que el libro podría haber abordado con mayor detenimiento, pues detalla mucho las consecuencias y los tipos de corrupción y se detiene menos en su causación.

Tampoco estoy del todo de acuerdo con algunas de las propuestas que hace para limitar la corrupción, como es el caso de la elección de jueces. Tratados como *Justicia sin estado*, de Bruce Benson, apuntan los problemas de la elección popular del personal de la justicia al demostrar como jueces y fiscales electos buscan el lucimiento en su actuación administrativa, persiguiendo, por ejemplo, maximizar el número de condenas a través de pactos con los defensores sin tener en cuenta su intensidad, con el objetivo de presentar buenos resultados en sus informes de fin de mandato y poder ser así reelegidos.

Es muy interesante también el tratamiento que hace el autor de los efectos potencialmente corruptores que tienen las distintas fórmulas públicas y privadas de financiamiento de las campañas electorales y como su desmedido coste lleva a los partidos a involucrarse en prácticas corruptas para obtener los fondos necesarios para abordarlas. Incluso llega a apuntar, es una pena que no lo desarrolle más, la idea de que muchas de estas fórmulas de financiación tienen por objeto el evitar a los políticos y partidos ya existentes la competencia de nuevos competidores. En efecto, prácticas como la presencia institucional en televisión de los partidos según los resultados obtenidos en las últimas elecciones, el *mailing* gratuito o las limitaciones de los fondos de campaña favorecen a los políticos en ejercicio y ya conocidos frente a sus emergentes y menos conocidos rivales, constituyendo una práctica que de darse en el ámbito empresarial sería rápidamente condenada como una restricción a la libre competencia.

Dicho esto, el libro constituye una impresionante fuente de documentación y reflexión sobre el ámbito de la corrupción política, con el mérito añadido de no hacer una distinción tajante entre ambas, analizándolo desde una visión general que estimo correcta, como es correcta, pertinente y nada frecuente, en los ensayos sobre este tema, su imbricación con la teorías jurídicas, filosóficas (muy pertinente su reflexión abierta sobre quién define lo que es corrupto y lo que no) sociológicas y económicas de la corrupción. Es un ensayo ameno y bien trabado que sin duda despertará muchas preguntas y abrirá nuevos debates sobre tan polidrica práctica.